

La Migración Árabe en Bolivia

Andrei Karim Dueri Handal

Ingeniero Comercial, MBA – Mención en Ciencias Políticas, UAI

Presidente de la Comunidad Árabe de Bolivia y la Juventud Árabe de Bolivia

Mayo del 2020

INTRODUCCIÓN

La historia de los árabes en Bolivia, muy bien retratada genealógicamente en las obras del Dr. Alberto Asbún Karmy – “La Migración Árabe y Su Descendencia en Bolivia” y del Dr. Jorge Casal Baracatt – “La Colonia Árabe en Tarija”, es bastante similar a la de otros países del continente, pero tiene sus peculiaridades y es digna de admiración también en muchos aspectos, especialmente el concepto de identidad “árabe” y la identificación panarabista de la gran mayoría de los miembros de la comunidad. Pese a las grandes obras anteriormente citadas, no se tiene conocimiento de publicación analítica y descriptiva de la historia, las costumbres y la naturaleza de los árabes en Bolivia y su descendencia; algo que este documento pretende subsanar.

A continuación, en este ensayo, pretendemos desglosar muchísimos puntos: desde la historia antigua del Levante hasta la modernidad, pasando por varias épocas que marcarían no solamente nuestra contemporaneidad como árabes-bolivianos (o bolivianos-árabes en la mayoría de los casos), sino también el presente de la civilización como tal. Posteriormente, analizaremos aspectos diferentes de la comunidad árabe de Bolivia, en contraste con otras del continente, tales como costumbres, identidad, religiones, matrimonios, aportes, entre otras cosas que hoy terminarán por demostrar la plena adopción de la colectividad levantina a la sociedad nacional.

Finalmente, comentaremos sobre el estado actual de los descendientes árabes a la fecha de la publicación de este trabajo, dejando claro de dónde venimos y hacia donde vamos.

UN POCO DE HISTORIA ANTIGUA Y MODERNA

El mundo árabe y en especial el Medio Oriente, ha sido una zona digna de análisis desde los comienzos de la civilización humana hasta nuestros días y posiblemente foco de la mayor exportación de refugiados a todo el resto mundo. Después de todo, la zona definida como “Bilad Al-Sham” o simplemente “Sham”, equivalente a lo que hoy sería Palestina, Líbano, Siria, Irak y Jordania aproximadamente, es el único pedazo de tierra en el mundo que une tres continentes, donde nacieron las tres religiones monoteístas más importantes en la actualidad, sin mencionar que contienen recursos naturales preciados como el petróleo, por ejemplo. Es natural pensar que una región de estas características sea un imán natural de conflicto, con las potencias de cada era luchando por su control.

Comenzamos la narrativa, remarcando que fue una de las regiones de la Tierra, donde surgió la civilización y posiblemente, la más importante: hace aproximadamente 10 mil años, los primeros nómadas abandonarían su estilo de vida para desarrollar la agricultura y los primeros asentamientos. Consideremos lo siguiente: antes, un cazador-recolector ingería ciertas calorías al comer una presa recién capturada y faenada; lo complejo, es que

era muy probable que le hubiera tomado una cuantía calórica similar a la ingerida, el cazarla. Esto, sin mencionar que, de haberle sobrado comida de la cacería, tenía que desecharse, ya que su conservación prolongada era inviable. Otro punto en contra, es el tiempo que le tomaría rastrear, seguir y ejecutar al animal, si es que efectivamente se tenía la suerte de lograrlo; de lo contrario, eran calorías perdidas, tiempo perdido y esfuerzo perdido, que no recuperaría ni el cazador, ni su tribu, poniendo en peligro la propia subsistencia de los mismos. Este fue el medio de vida del hombre por cerca de 200 mil años, sin grandes progresos, algo que cambiaría la agricultura y la ganadería. Estas tecnologías transformarían exponencialmente y para siempre el curso de la civilización. Por primera vez, el homo sapiens sapiens tenía la facultad de dejar su alimento crecer sin gran esfuerzo, en un tiempo no tan largo, con mucha mayor probabilidad de éxito y generar un superávit de comida, para luego almacenarlo por ciertos periodos, dependiendo la cosecha.

Y bien, ¿Qué hizo el hombre con este tiempo extra? – Hacer lo que mejor sabemos hacer: ser curiosos. Con esa curiosidad, miramos a las estrellas y comenzamos a desarrollar las bases de la astronomía y la astrología. Además, ya que teníamos productos en superávit, necesitábamos inventarlos y podíamos intercambiarlos, creando así el comercio y los primeros registros contables, de la mano del lenguaje escrito y los números y la matemática básica, naturalmente. ¿Pero escritos dónde? – Entonces surgió la cerámica, como medio de escritura y registro, y con ella, los primeros códigos legales, que regían las sociedades, como el Código de Hammurabi, así como la literatura, en las Épicas de Gilgamesh. De esta forma, la sociedad se fue estratificando y ordenando. Es así, como las civilizaciones del Creciente Fértil comenzaron a florecer, construyendo conocimientos que les permitirán avanzar, desde el antiguo Egipto, hasta Babilonia y Sumeria. Estos son solo algunos de los avances dignos de mencionar, pero la lista es mucho más extensa: la arquitectura, la botánica, el calendario, la moneda de cambio, la navegación, el propio concepto de ciudad, la irrigación agrícola, los molinos, el hierro, la herboristería como administración de medicinas naturales tempranas, entre tantos otros, fueron conocimientos que luego pasarían a manos de otros pueblos, como los griegos clásicos y luego, los romanos, quienes gobernarían las costas del Mar Mediterráneo en los siglos venideros.

Aun así, todo imperio tiene su final y a Roma le llegaría el turno en el siglo V d.C., cuando su rama occidental se fragmentaría en varios reinos bárbaros, mientras la oriental, más griega que latina, prevalecería con capital en Constantinopla. Un par de siglos más tarde surgiría la religión del islam en la Península Arábiga y comenzaría a extenderse rápidamente por el Levante, el Asia Menor y el Norte de África, ganando fieles y terreno a velocidades vertiginosas. A diferencia del cristianismo, la nueva religión del decadente Imperio Romano de Oriente, el nuevo dominio islámico no hacía diferencia entre el Estado y la fe: todo era regido por el Califa, la máxima autoridad religiosa y política del califato. Como señalan algunos académicos, el cristianismo es una fe, mientras que el islam es una forma de vida.

De la mano del profeta Mahoma y sus seguidores, los califatos musulmanes llegaron a abarcar desde la Península Ibérica hasta el norte de la India y, mientras Europa languidecía en el oscurantismo medieval, las ciencias y la cultura encontraron su hogar en ciudades árabes como Córdoba, Bagdad, Damasco y Cairo. Durante la Edad de Oro del Islam, diversos eruditos musulmanes rescataron las obras de los antiguos clásicos grecolatinos y construyeron sobre ellas para lograr progresos muy significativos en medicina, cirugía, matemáticas, álgebra, trigonometría, banca, alquimia, música, cosmética, óptica, cartografía, farmacia, etc. Por ejemplo, el propio uso del sistema decimal y el cero, como base de la aritmética moderna, fue desarrollado por sabios islámicos; el uso medicinal del alcohol, la construcción de hospitales y hasta el cuidado de la higiene personal, basada en los antiguos

baños romanos también fueron producto de estos ilustrados; nombres como Ibn Sina, Ibn Rushd o Ibn Haytham terminarían siendo latinizados a Avicena, Averroes y Alhacén, para poder ser leídos en Europa, sentando las bases de la medicina moderna, las ciencias sociales, la química, la óptica, entre otras ciencias. No obstante, tras la llegada de la guerra con las Cruzadas y luego la invasión de los mongoles, el auge del conocimiento de los califatos decaería hacia el oscurantismo religioso y pasaría la posta de la ilustración al Renacimiento europeo y la consecuente industrialización. Mientras, los turcos, un pueblo de las estepas de Asia, comenzaban a dominar el Medio Oriente, paulatinamente, hasta conquistar Constantinopla y convertirla en Estambul, en el siglo XV d.C.

Hay quienes argumentan que la primera migración árabe a América pertenece a los viajes en las carabelas de Colón y los navegantes que lo siguieron luego. Y después de todo, no es una teoría para nada despreciable. España había sido dominada por los califas, por casi ocho siglos durante la Edad Media. Este gobierno árabe islámico dejó muchísima herencia cultural en España y Portugal (que luego se traspondría a Latinoamérica, naturalmente). Fragmentos del idioma, la música, la cultura, entre otros, forman parte de nuestro día a día y no nos damos ni cuenta; cada que decimos “camisa”, “pantalón”, “café” o alguna otra de las más de 4000 palabras árabes que nos heredaron los moros, estamos más cerca de oriente que de occidente. Pero esto no duraría para siempre; como le suele suceder a los árabes, los conflictos internos debilitaron la estructura política de Al-Ándalus y los Reyes Católicos españoles no tardaron en iniciar la “Reconquista”, aprovechándose de la situación para ganar territorios, con la cruz y la espada. Cerca del final de este periodo se daría el descubrimiento de América. Hoy, se sabe que muchos de los viajeros al Nuevo Mundo fueron presidiarios de la Corona Española, en un tiempo donde arreciaba la Santa Inquisición. Ergo, es altamente probable que las carceletas de los torreones castellanos hayan estado repletas de pobladores andaluces árabes, tanto musulmanes como judíos, que habrían sido despachados a las Américas. Así también, podemos contar a aquellos que se habrían convertido al cristianismo y no necesariamente estaban en prisión, pero igualmente mantendrían su condición étnica imborrable de árabes en las calles. Si bien no existe un registro completamente formal de esto y en esta migración naturalmente las costumbres no se preservaron en lo absoluto, es innegable que la amalgama entre ibéricos y mozárabes fue una realidad de la cual hoy muchas familias latinoamericanas bien podrían ser parte.

Adelantándonos rápidamente en la historia hasta finales del siglo XIX d.C., vemos una Europa avanzada, pero sumida en el pensamiento nacionalista, que venía muy bien acompañado por los tambores de guerra: se estaba gestando la Primera Guerra Mundial. El asesinato del Archiduque austrohúngaro, Francisco Fernando, a manos de un radical eslavo en Sarajevo sería la primera pieza del dominó que terminaría hundiendo al mundo en un conflicto con serias consecuencias que perdurarían hasta nuestros días.

En este tiempo, el mundo árabe, organizado en vilayatos o provincias, continuaba en su mayoría bajo el yugo turco otomano, aliado de los alemanes en dicha Gran Guerra. Además, uno de los puntos más importantes a resaltar para entender la migración árabe moderna es que, en la sociedad otomana musulmana, los árabes cristianos eran parias marginados, como ciudadanos de segunda clase, por lo que, entre otras abyectas políticas, serían utilizados como “carne de cañón” en la batalla. Buscando escapar de esta situación crítica, es que los árabes cristianos de todo el Medio Oriente, tratarían de emigrar y asentarse en las Américas, persiguiendo un mejor futuro. A todo esto, hay que adicionarles los infortunios económicos y bloqueos comerciales producto de cualquier conflicto armado, que terminarían impactando más a las comunidades rurales árabes ya empobrecidas. La

discriminación social, el hambre y la pobreza sostenida constituirían elementos clave para una receta de emigración masiva en todo el Levante Mediterráneo.

Por otra parte, ya en plena Primera Guerra Mundial, las estrategias de los británicos no se harían esperar: a cambio del apoyo bélico de la población árabe nativa en territorio turco y, por otro lado, el financiamiento de la banca judía sionista, ofrecerían a ambas facciones un estado único en el Medio Oriente, para que sus pueblos puedan habitar. Obviamente, es de imaginarse que los aliados nunca tuvieron la intención real de cumplir con lo pactado, algo que quedaría en evidencia poco tiempo tras la capitulación del Eje, con los famosos Acuerdos Secretos de Sykes-Picot de 1916: una división territorial que entregaba el control del norte del Levante a Francia (actuales Siria y Líbano) y el sur, junto al protectorado británico de Egipto, a Inglaterra (actuales Palestina, Israel, Jordania e Irak). En dichos territorios, donde el pueblo árabe pensó fundar la “Gran Siria”, se establecerían respectivamente mandatos, que dependerían directamente de los gobiernos europeos que los controlaban. Asimismo, apenas fundados, comenzarían las Aliot (plural de Aliyá): oleadas de inmigrantes sionistas, que llegaban a puertos palestinos, honrando la Declaración Balfour, redactada por los ingleses en 1917, que propugnaba el establecimiento de un “hogar judío” en Palestina.

Si bien Sykes-Picot fue un tratado secreto dibujado para evitar el surgimiento de una única potencia árabe nacionalista, la población nativa árabe no tardó en darse cuenta de la farsa de la que habían sido víctimas. El romanticismo de las luchas por su libertad y la promesa de un Estado para su pueblo, lado a lado con agentes de inteligencia británicos, como Lawrence de Arabia, había quedado relegado a las voluntades extranjeras. Esto llevó a un creciente descontento social, que empezó a sentirse especialmente en el Mandato Británico de Palestina, porque, además veían oleadas de inmigrantes europeos asentándose en lo que ellos creían que iba a ser su país.

La convulsión social no se detendría alcanzado su máximo en la década de 1930, inclusive llevando a los ingleses a restringir la migración judía sionista a Palestina, mientras el antisemitismo de los nazis asolaba Europa. Esto llevó a que las propias células armadas sionistas, como la Haganá y el Irgún, se volcaran contra sus exaliados ingleses, generando aún más caos en una guerrilla de “todos contra todos”. Finalmente, Inglaterra incapaz de sostener el control, entregaría la situación de sus mandatos a la recién conformada Organización de Naciones Unidas (ONU) para que pudiera hacerse cargo. La ONU propuso la división del territorio palestino en un Estado judío y un Estado árabe, con Jerusalén como una entidad política independiente, moción que fue directamente rechazada por los árabes nativos; ¿por qué debían entregar algo que era suyo por derecho? – No obstante, al día siguiente de la retirada británica, la facción sionista funda unilateralmente el Estado de Israel en la división territorial propuesta por la ONU, dando lugar así a Al-Nakba o “La Catástrofe” del pueblo palestino y la Primera Guerra Árabe-Íraelí, en 1948.

Por otro lado, en Siria y el Líbano soplaban también los vientos de independencia, considerando en especial, que el hipotético gobierno árabe unido que los habitantes querían implementar para todo el “Sham”, había ya fijado su sede en Damasco; gobierno que sería disuelto casi de inmediato por los europeos cuando entraron en la ciudad, en 1920. Hubo varias escaramuzas entre líderes árabes y tropas francesas, que llevaron a que, en un esfuerzo por calmar los ánimos, las autoridades galas dividan el territorio en gobiernos pequeños, en función de las sectas religiosas mayoritarias que los habitaban, tratando de utilizar la máxima de la conquista: “dividir y vencer”, pero con éxito limitado a la larga. Es en este escenario, que se crea la división política siria que más adelante se convertiría en la República Libanesa, gobernada por los católicos maronitas, generando un cisma que sería

el ingrediente clave de la Guerra Civil Libanesa, tres décadas más tarde. La independencia real para Siria y el Líbano llegaría prácticamente con la capitulación de Francia ante el avance de las tropas alemanas, durante la Segunda Guerra Mundial.

En el caso de Transjordania (actual Jordania) e Irak, los británicos colocarían monarcas a cargo de sus mandatos; particularmente en Jordania, la dinastía hachemita continuaría gobernando el país hasta nuestros días. Por otra parte, la monarquía iraquí no duraría tanto. Igualmente, de la tribu de los hachemitas, sus gobernantes sufrirían varios conflictos y golpes de Estado hasta terminar convirtiendo a Irak en una república, un par de décadas más tarde, con Saddam Hussein y otros gobiernos tras la invasión norteamericana.

Finalmente, vale la pena mencionar el caso egipcio, que gozaba de un estatus semi autónomo en el aparato estatal otomano, llamado jedivato: gobernados de iure por los turcos, pero de facto por los británicos, como una más de sus colonias. Paradójicamente, sería bajo el patronazgo inglés, que los egipcios declararían su independencia del Imperio Otomano al inicio de la Primera Guerra Mundial, convirtiendo al jedivato en un sultanato e ingresando formalmente al grupo de protectorados del Reino Unido. Poco después, habría otro intento de reclamar la independencia, esta vez definitiva, con un éxito moderado, ya que los británicos aún tenían tropas en el país de las pirámides y tenían gran influencia sobre las decisiones de los sultanes. Esto se debía principalmente a la importancia del país en el control estratégico de la zona y al control del Canal de Suez: el paso marítimo que une el Océano Índico y el Mar Mediterráneo. Esta influencia se mantuvo, bajo diferentes figuras políticas y en diferentes grados por algunas décadas, hasta el ascenso del líder panarabista Gamal Abdel Nasser al poder, en Cairo.

Tras esta breve revisión, la historia nos obliga a retomar la cuestión de Israel y Palestina, considerando que este mal llamado “conflicto” ha sido el motor de los eventos que sacudirían el Medio Oriente durante todo el siglo pasado y presente. Pese a la intervención de los ejércitos de países vecinos, la falta de coordinación árabe y la constante migración de sionistas le dieron la victoria al joven Estado de Israel en la Primera Guerra Árabe Israelí de 1948; conflicto que lograría consolidar las fronteras sionistas en lo que hoy la comunidad internacional reconoce como territorio legalmente israelí. En el marco de esta victoria, es que Israel ejecuta el “Plan Dalet” o “Plan D”: la conquista de territorio para sus nuevos colonos. Es así que más de 400 aldeas palestinas son arrasadas, creando así cerca de 700 mil refugiados que tuvieron que huir de sus hogares intempestivamente. A diferencia de la migración árabe cristiana generada por las políticas discriminatorias de los otomanos, esta fue una migración de árabes musulmanes, en su mayoría hacia países vecinos, como Siria y Líbano, donde se establecerían en campamentos de refugiados mayormente, o Jordania, donde serían mejor asimilados por la escasa población local. Es así que Cisjordania quedaría bajo control jordano y la Franja de Gaza bajo control egipcio por los años consiguientes, hasta 1967; años que serían políticamente muy agitados.

Egipto se había constituido como la nación líder de los países árabes del Levante, con Nasser a la cabeza. El flamante líder panarabista egipcio, laico y nacionalista, optaría por inclinarse hacia la Unión Soviética en plena Guerra Fría, naturalmente arrastrando a sus vecinos consigo. Algo que tendría sentido, en vista de que los rusos ayudarían a construir la tan anhelada Represa de Asuán: un elemento clave del régimen popular de Nasser para poder almacenar agua dulce, proveer de energía a Egipto y controlar las inundaciones del Río Nilo. Esta moción política ayudó a consolidar las relaciones entre Estados Unidos e Israel, su nuevo aliado en el teatro de guerra levantino; después de todo, todavía existía un sentimiento negativo de parte de los árabes hacia los poderes occidentales por la traición de Sykes-Picot, así como una simpatía de Occidente para con los judíos, tras el Holocausto.

Avanzando en el sentido de sus aliados socialistas, a mediados de siglo XX, Nasser decidiría nacionalizar el Canal de Suez, construido y administrado por capitales ingleses y franceses. Dicho canal tenía (y aún tiene) una importancia elevadísima para Inglaterra, porque no solo suponía un atajo en la conexión marítima con sus colonias en Asia, sino una vía directa de suministro de petróleo. Obviamente, la nacionalización desencadenó una acción militar por parte de los europeos, quienes no tardaron en utilizar a Israel para recuperarlo y tratar de sacar al líder egipcio del poder. Israel avanzaría capturando la Península del Sinaí, mientras las fuerzas franco-británicas atacarían el Delta del Nilo para debilitar al ejército egipcio por detrás. No obstante, se podría decir que las fuerzas invasoras fallaron en sus objetivos, gracias a la presión ejercida por la comunidad internacional. Tanto Estados Unidos como la Unión Soviética terminarían avalando la nacionalización del Canal de Suez por parte de Egipto y forzarían la retirada israelí del Sinaí, levantando aún más a popularidad de Nasser en todo el mundo árabe e impulsándolo a tratar de fundar la República Árabe Unida, junto con Siria; proyecto que fallaría más pronto que tarde.

A pesar de la intervención de la ONU y la comunidad internacional, la paz lograda entre los vecinos sería una que no duraría mucho. Cerca de una década más adelante, en 1967 y tras algunas hostilidades menores, Israel lanzaría una ofensiva que cambiaría el Medio Oriente para siempre: la Tercera Guerra Árabe Israelí, también conocida como Al-Naksa o la Guerra de los Seis Días. Utilizando el poder de su fuerza aérea, el Estado sionista lograría reducir las capacidades militares de sus vecinos para capturar la Península del Sinaí y Gaza de Egipto, Cisjordania y Jerusalén Oriental de manos jordanas, los Campos de Shebá del Líbano y los Altos del Golán de Siria, en menos de una semana. A diferencia del conflicto anterior, este generó una nueva oleada de refugiados palestinos, que continuarían huyendo a países colindantes. La ONU intervino nuevamente con la resolución 242, que obligaba a Israel a retirarse de los territorios ocupados en esta guerra, a cambio de que los países árabes reconocieran a Israel como Estado, lo cual obviamente no sucedió. El control de estos territorios abrió la posibilidad a Israel para construir asentamientos y colonias en territorio palestino ocupado, violando la Ley internacional.

Nuevamente, en 1973, decididos a recuperar sus territorios, Egipto y Siria lanzaron un ataque sorpresa coordinado el Sinaí y el Golán, respectivamente, en lo que se conocería como la Cuarta Guerra Árabe Israelí o la Guerra del Yom Kippur, debido a que ocurrió en dicho feriado judío deliberadamente. Los ejércitos árabes habían ganado territorio, hasta que Estados Unidos estableció un puente aéreo para reabastecer Tel Aviv y lograr reforzar las posiciones israelíes, ya que se temía que Israel pudiera recurrir a utilizar la bomba nuclear, algo que las potencias internacionales iban a evitar a toda costa. Finalmente, Egipto negociaría la paz con Israel a cambio de la devolución del Península del Sinaí, mientras que no se lograría lo mismo con los vecinos del norte: los Altos del Golán nunca serían devueltos a Siria hasta hoy, probablemente por la importancia que tiene controlar el agua dulce directamente a sus pies, en el Mar de Galilea.

Después de este último conflicto, las guerras árabes israelíes se degradarían a ser fundamentalmente palestino-israelíes. En general, la guerrilla palestina de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), comandada por el reconocido líder Yasser Arafat, quedaría prácticamente sola (con la salvedad de Hezbolá años más tarde) contra su enemigo sionista en las dos Intifadas que vendrían en 1987 y 2000, con consecuencias cada vez peores para el pueblo palestino. Es precisamente, en el marco de esta temprana guerra de guerrillas, que se daría comienzo a la nefasta Guerra Civil Libanesa, otro de los grandes exportadores de refugiados en la historia del Medio Oriente.

A raíz de su gran diversidad de credos y religiones, el Líbano, apodado “El París del Medio Oriente”, siempre fue uno de los países árabes más liberales (si es que no, el más liberal). No obstante, recordemos también que, por el mismo motivo, el Líbano es una república semi teocrática, con casi 20 sectas religiosas insertas en menos de once mil kilómetros cuadrados de territorio y gobernada por una minoritaria élite católica maronita. La situación de los cientos de miles de refugiados palestinos musulmanes que ingresaba por la frontera podría suponer una amenaza a statu quo de dicha élite y esto no le causaba ninguna gracia. Si bien los libaneses musulmanes acogieron a los palestinos musulmanes, los católicos, en su mayoría, los querían fuera. Después de todo, la Constitución del Estado del Líbano, heredada por los franceses, entregaba mayor poder a los católicos en base a su base demográfica y establecía cuotas de poder menores para otras sectas; es por esto que un aumento tan repentino en la cantidad de musulmanes sunitas estaba causando serios sismos en la política.

Adicionalmente, guerrilleros palestinos, llamados “Fedayines”, de la OLP acababan de ser expulsados de Jordania y ahora se habían establecido en el sur del Líbano, aprovechando posibles instancias para lanzar asaltos esporádicos contra Israel, así como Israel se valía de las mismas para atacar al Líbano, con la excusa de estar buscando frenar dichos movimientos. La Guerra Civil Libanesa empezaría como tal en abril de 1975, cuando las venganzas violentas y atentados entre musulmanes, tanto libaneses como palestinos, y libaneses cristianos derivaron en ataques consistentes en el centro de Beirut, llevando a su total destrucción y dibujando una línea que separaba los bandos, dentro de la propia ciudad: la famosa Línea Verde. El mismo gobierno libanés quedaría inválido y masacres a civiles de ambos lados no se harían esperar a lo largo de todo el conflicto: Karantina, Al-Damour, Tel Al-Zaatar, Safra, Sabra y Chatila, entre otras muchas con el Israel como padrino.

Dos Estados tomaron parte en la guerra, cada una con sus motivaciones: la primera fue Siria tan solo un año después del inicio del conflicto, con el objetivo teórico de calmar la situación; algo que muchos hoy por hoy cuestionan, como máscara de una agenda oculta para controlar el Líbano. Posteriormente, Israel realizaría una incursión para poner un punto final a los campamentos milicianos de la OLP y los más de 400 mil refugiados que estos contenían; acciones nefastas que ejecutaría con sus aliados libaneses cristianos: la Falange. El odio y rencor generados en estas masacres por parte de los sionistas y sus aliados, sería el combustible perfecto para la fundación de Hezbolá: el brazo armado miliciano musulmán chií, que opera hasta hoy en el sur del país, con bastante fuerza y el apoyo de Irán.

El resultado, tras 15 años de conflagración, fue cerca de un millón de nuevos refugiados árabes, la debilitación de las instituciones libanesas, una importante crisis económica, una ocupación de tropas extranjeras que duraría varios años tras el cese al fuego acordado y dejando una cicatriz muy difícil de borrar en la sociedad libanesa y árabe en general. Las tropas sirias dejarían finalmente el Líbano recién el 2005 e Israel, el 2000 aunque volvería a invadirlo el 2006 por casi un mes, esta vez luchando contra Hezbolá. En síntesis, la Guerra Civil Libanesa fue uno de los conflictos más prolongados, complejos y cruentos de la historia del Medio Oriente, rivalizando con la Guerra Civil Siria que acontecería algunas décadas más tarde.

La historia de Siria no es muy diferente a la de otros países árabes de la región. Si bien, hasta hace muy poco, había demostrado ser un puntal de relativa estabilidad en el Medio Oriente, el país ha atravesado cinco golpes de Estado desde su independencia en 1946, logrando en el último, colocar a la familia alauita Al-Assad en el poder: primero el padre, Hafaz Al-Assad y luego su hijo, Bashar Al-Assad, haciéndose este último lamentablemente famoso a causa de la Primavera Árabe que traería la guerra civil a su país el 2011.

Revueltas habían comenzado en todo el mundo árabe el 2010, desde un pequeño poblado en Túnez, extendiéndose por Libia, Egipto, Bahréin y algunas otras naciones, hasta llegar a Siria. El régimen secular del partido sirio “Baath”, es un gobierno laico, nacionalista, arabista y con ideas socialistas, estableciéndose desde el último golpe de Estado, como el gobierno más estable de la historia moderna siria. Empero de aquello, las manifestaciones comenzaron en la localidad Deraa, cerca de la frontera con Jordania, para luego extenderse como un fuego salvaje por todo el territorio, haciendo eco en ciudades como Aleppo, Hama, e Idlib. Las protestas fueron reprimidas con violencia y esto generó una respuesta equivalente; inclusive, muchos soldados del régimen desertaron y se unieron a las facciones rebeldes. Pero, ¿quiénes eran los rebeldes sirios? – Esta es una pregunta muy difícil de responder, inclusive hasta el día de hoy, pero en su mayoría constituían facciones islamistas radicales, asociadas a movimientos terroristas como Al-Qaeda, kurdos en el norte y otros grupos adicionales.

El interés por el control de una zona tan importante como esta, atrajo la atención inmediata de las potencias internacionales: Estados Unidos y Rusia, quienes, como si continuáramos en plena Guerra Fría, utilizarían Siria como un tablero de ajedrez. Los norteamericanos, con la ayuda de Turquía e Israel, naturalmente apoyaron a los rebeldes, mientras los rusos, junto con el ya mencionado Hezbolá e Irán, se alinearon con el régimen del presidente Al-Assad. La intervención aérea rusa fue decisiva en el avance del gobierno para retomar el control del país, especialmente tras la aparición del Estado Islámico, también conocido como ISIS o Daesh, por sus siglas en inglés y árabe, respectivamente. ISIS, como una fuerza armada ultra radical, obtuvo un crecimiento sospechosamente exponencial en sus primeros días, entre las fronteras de Irak y Siria, probando un desafío serio para sus contrincantes, aunque hoy se encuentran seriamente debilitados. Por otra parte, los kurdos en el noreste del país continúan reclamando hasta el día de hoy un estado propio para su pueblo, no solamente en Siria, sino también en Irak y Turquía, lo que incomoda muchísimo a los Estados de la zona, especialmente al gobierno turco.

Actualmente, la situación mantiene una tensa calma, con el gobierno de Assad controlando la absoluta mayoría del territorio, salvo por focos de rebeldes en las regiones fronterizas más alejadas y desérticas. Sin embargo, pese a que ya no se ve en las noticias internacionales, la guerra civil aún no ha terminado y todos los intentos de lograr un cese al fuego han fallado. Los daños son astronómicos y distan mucho de recuperarse. La cantidad de refugiados ha roto los récords de la modernidad, con más de 14 millones de desplazados, alojados mayoritariamente en Turquía, Líbano, Jordania y Egipto, contribuyendo además enormemente a la crisis de inmigrantes en Europa. De estos, se estima que solamente 700 mil habrían regresado a sus hogares; el resto continúa en el extranjero, más de un 90% viviendo en condiciones de pobreza o pobreza extrema, en campamentos de refugiados. Un pueblo abandonado a su suerte, presa de una crisis ajena, que no tiene miras de resolverse, en ningún momento pronto.

Analizando los casos de Palestina, Líbano y Siria, que son los países que han engendrado más descendientes árabes en América Latina, resta considerar por qué no ha sucedido lo mismo con otros Estados del Medio Oriente, como Irak, Jordania y Egipto, que, si bien tienen comunidad expatriadas, son mucho más pequeñas por lo general que las de los tres primeramente citados.

Los factores más importantes a considerar, son su marcada composición religiosa demográfica y su estabilidad política: sus pobladores son y fueron, en su mayoría, musulmanes sunitas en el caso egipcio y jordano, y chiíes en el caso iraquí. Además, Jordania fue un país que absorbió gran parte de la población palestina tras la fundación de Israel,

mientras que su población vernácula consistía fundamentalmente de tribus beduinas. Irak, por otra parte, tenía una condición similar con la otra rama del islam: el chiismo. Si bien existen árabes cristianos iraquíes, llamados cristianos caldeos, tuvieron una migración similar a las de otros cristianos árabes de la región, pero en números grandes, son muchos menos, comparados con los que vinieron de las regiones que hoy conforman Palestina, Líbano y Siria.

Esto, sin mencionar que Jordania fue una monarquía estable a lo largo de su historia moderna, por lo que se ha ocupado más de recibir refugiados que de generarlos; diferente del caso iraquí, que fue un Estado azotado por guerras con sus vecinos, dos invasiones occidentales, violencia sectaria y la dictadura de Saddam Hussein. No obstante, al ser de mayoría musulmana, sus emigrantes optaron por destinos más cercanos. Algo muy parecido al caso jordano, sucedía con Egipto. La absoluta mayoría de su población es musulmana sunita, con la salvedad de muy pocas comunidades cristianas coptas, que conviven pacíficamente allí. Si bien Egipto tuvo golpes de Estado en su historia y recientemente atravesó difíciles momentos de convulsión social en la Primavera Árabe, segmentos de su población no se vieron obligada a abandonar el país masivamente.

¿Y más allá del Sham? - Por ejemplo, en el caso de gran parte del Magreb y el Cuerno de África, la mayoría de sus emigrantes buscaría trasladarse a Francia o Europa, en general. Tal es el caso de argelinos, marroquíes, tunecinos, etc., quienes junto con sus pares africanos pertenecientes a ex colonias francesas, se encuentran hoy en las ciudades de París o Marsella. Así también, existen aquellos países árabes que no generan casi ningún emigrante: los países del Golfo. Y es natural imaginarse por qué; han sufrido pocos o ningún conflicto político en nuestra era, distan muchísimo de tener problemas económicos y tienen una población muy homogénea, tanto étnica- como teológicamente. Es más: por ejemplo, en el caso de los Emiratos Árabes Unidos, hoy en día solamente un 11% de su población es árabe nativa, mientras el resto son inmigrantes de todo el mundo, especialmente asiáticos que van a trabajar a la industria turística creciente de Dubái y Abu Dabi. La salud económica del Golfo, derivada de los dividendos del petróleo y ahora el turismo ha logrado convertir a los Emiratos en un foco de inmigración en busca de nuevas oportunidades, en lugar de emigración; todo lo contrario, a lo que pasa con sus hermanos levantinos. Es por esto, que encontrar emigrantes desplazados masivamente que tengan origen saudita, catari o emiratí es prácticamente imposible, haciendo muy evidente que no todos los países árabes corrieron con la misma suerte tras sus independencias.

Para sintetizar finalmente, ¿cuál es el resultado de todo lo acontecido en el Medio Oriente, en el último siglo? – Las cifras no son alentadoras: más de 4 millones de víctimas, con casi un cuarto de ellas originadas en la última invasión norteamericana a Irak; más 25 millones de refugiados, la mitad provenientes de la Guerra Civil Siria; más de 70 golpes de Estado en diferentes países y distintas ocasiones, que mellarían completamente las instituciones árabes; más de 800 billones de dólares en daños, causados por guerra, bombardeos, conflictos internos, muchos de los cuales derivados del conflicto sirio reciente, que aún no son reparados y más de un 40% del pueblo árabe viviendo debajo de la línea de la pobreza, con menos de 2.50\$ diarios. Es entonces fácil imaginarse que el éxodo de estas naciones se produciría masivamente tarde o temprano y de forma creciente, considerando todas las dificultades que implica emigrar, especialmente a quienes zarparon a América Latina: un viaje a lo desconocido, de 3 a 4 meses en barco principalmente, donde no hablan el mismo idioma, donde no van a ser bien recibidos, con poco o ningún capital propio, con la familia en las espaldas, en tiempos de guerra y con vientos nacionalistas, sin tener donde llegar. La decisión de abandonar el hogar, por muy difícil que fuera vivir en él, consistió sin duda para

muchos, en la decisión más difícil de sus vidas, pero que terminaría comprando a su estirpe una mejor vida y mejores oportunidades, en paz y armonía.

LA MIGRACIÓN – DE LA HISTORIA AL ANÁLISIS

Resumiendo rápidamente la causa migratoria principal, recordemos que a comienzos del siglo XX cuando se produjo la migración mayoritaria, los árabes subsistían bajo el Imperio Otomano y existía una política de persecución étnico-religiosa enraizada en el imperio turco. Inclusive, en el marco de la época, ocurrieron algunas masacres, que son muestra palpable de dicha discriminación. No obstante, los turcos no estaban haciendo nada que otras potencias “más civilizadas” no harían en aquellos tiempos o inclusive muchos años después: el nacionalismo exacerbado era simple- y lamentablemente, parte del Zeigeist de aquel entonces y fue el motor de muchos acontecimientos nefastos que marcaron la historia moderna.

Adicional a lo anterior, los árabes, al ser un pueblo gobernado por un poder extranjero, estaban limitados a un cierto estándar de vida; limitación potenciada sustancialmente en los casos de católicos y cristianos, cuya economía fundamental sería de carácter rural. Las élites estaban reservadas para la etnia y religión predominantes, como ha sucedido en la mayoría de los imperios del hombre. Es por esto, que podemos contar con que una amplia parte de la migración árabe a Bolivia no solo se compondría de árabes de fe cristiana, sino que se produciría desde pueblos o ciudades pequeñas como Belén, Homs o Baskenta, en lugar de capitales grandes como Jerusalén, Damasco o Beirut.

Si bien cada país latinoamericano tiene sus propios números y sus propias particularidades en cuanto a sus cuotas de migración árabe, todos siguen un patrón muy parecido. Es por esto que un descendiente árabe-boliviano puede identificarse fácilmente con un descendiente árabe-salvadoreño, árabe-colombiano, árabe-chileno, etc. A lo largo y ancho del continente, sin coordinación expresa alguna, las experiencias de los primeros “paisanos” en Latinoamérica resuenan a la misma frecuencia y a continuación, mostraremos tanto las similitudes como las diferencias, resaltando el caso de Bolivia: inmigrantes árabes, mayormente cristianos y católicos, de origen palestino, libanés, sirio e iraquí, que llegaron buscando una mejor vida.

Como señala el Dr. Alberto Asbún Karmy en su magna obra “La Migración Árabe y Su Descendencia en Bolivia”, los primeros inmigrantes se vieron atraídos a Bolivia en particular por el auge minero y agrícola. Al igual que otros países del continente, Bolivia suponía una nación “virgen”, con reducida oferta de bienes y servicios a comienzos del siglo XX. La mayoría comenzaría asentándose en poblaciones mineras en departamentos occidentales y otros, en poblaciones agrarias, en departamentos orientales, como veremos más adelante.

Uno de los puntos más cuestionados y poco conocidos por la mayoría es por qué los árabes son llamados “turcos” hasta nuestros días en prácticamente todo el continente latinoamericano. La respuesta es simple, en realidad: salieron de su país con pasaporte y documentación turca. Obviamente, a ojos de los gobiernos receptores y sus personeros de migración, eran, por ende, considerados “turcos”. Esto les valió un apodo que para muchos sería un triste recordatorio del gentilicio que los obligaría a abandonar su hogar y que posiblemente coadyuvaría al distanciamiento de sus orígenes más adelante. Si es necesario, para aclarar la situación, podemos aproximarnos con el ejemplo de un nativo aymara, quechua o guaraní, que, dadas las circunstancias de la contemporaneidad geopolítica, es de nacionalidad boliviana; si decidiera emigrar a cualquier país, sería con pasaporte boliviano,

recibido como boliviano, tratado legalmente como boliviano y denominado "boliviano". Si en futuro su etnia conformara un Estado-nación, es probable que la denominación de "boliviano" se haya acentuado tanto en la historia, que siga siendo tipificado como tal por generaciones. Cabe resaltar que, después de todo, el Imperio Otomano duró más de 600 años mientras los Estados árabes modernos tienen solo cerca de 80.

Si bien, a nivel general, este periodo no supuso la mayoría de la emigración árabe del Medio Oriente hacia el resto del mundo, si comprende la mayoría de la inmigración árabe a Bolivia y América Latina. Otras oleadas de emigración corresponderían a conflictos posteriores a la Gran Guerra y serían mucho mayores, pero con otros destinos más cercanos, primordialmente países vecinos y Europa. El caso de la emigración a América Latina llama la atención, porque lleva a preguntarse: ¿qué haría que un árabe cruce la mitad del mundo a un continente totalmente distinto al suyo, con idioma y culturas radicalmente diferentes?

Para encontrar esta respuesta, se debe considerar algunos elementos importantes: el primero, como se ha enunciado en diversas ocasiones, era que los árabes emigrantes en esta época eran de fe cristiana ortodoxa o católica y sufrían discriminación por tal motivo, lo que haría que ciñan su búsqueda de destinos posibles en países donde la religión predominante sea la de ellos o al menos, se aproxime. Tal característica dejaba a prácticamente toda el Asia fuera del panorama. Por otra parte, África, si bien tenía algunas naciones cristianas, era (también) en aquel entonces un continente tanto o más convulsionado que el mismo Medio Oriente. Europa se encontraba en un periodo entre guerras, atravesando crisis políticas y nacionalismos exacerbados, que, de hecho, expulsaban "no europeos" de sus territorios. Oceanía, además de percibirse como muy lejana e indómita, era prácticamente una extensión colonial del Viejo Continente. Finalmente, resta el Nuevo Mundo y para entender el análisis más a profundidad, debemos remitirnos al imaginario colectivo sobre la totalidad de América, más que América Latina en sí, como señala desde Colombia, Odette Yidi: se tendía a entender la prosperidad del continente como un todo, desde el Círculo Ártico hasta la Patagonia, no así por Estados separados; se decía que en América "había oro en las calles", probablemente como una hipérbole del auge minero del sur y la pujante economía norteamericana. No debemos olvidar que, como se expuso antes, gran parte de la migración era de trasfondo rural, por lo que los niveles de educación eran sustancialmente bajos; se llega a mencionar inclusive que hasta un 70% de la población era analfabeta en su propio idioma y es factible suponer que casi ninguno sabía hablar español.

Aun así, los árabes no fueron bienvenidos en lo absoluto. Muchos Estados latinoamericanos, como Chile, Argentina o Colombia, favorecerían expresamente la inmigración, pero solamente de origen europeo, por considerarlos una "raza superior", inclusive discriminando, proscribiendo o colocando cuotas máximas a "razas inferiores", dentro de las cuales se encontraban explicitados los árabes. Algunos países llegaron hasta a legislar en este sentido, acompañados por el sentimiento nacional de sus ciudadanos, revelado tanto por manifestaciones callejeras desde Lima hasta San Pedro Sula, como por sus medios de prensa. Este sería otro de los factores más importantes que contribuiría a la disolución de la identidad árabe. Sin embargo, las acciones de los gobiernos latinos podían ser quizás un freno, pero no un impedimento. Los inmigrantes árabes llegarían a los hogares de América Latina de todas maneras y lograrían entrar; una parte por la puerta delantera y otra por la puerta de atrás.

Dentro de este escenario, es importante destacar a Brasil, que sería el dato atípico; con uno de los tramados sociales étnicos más abigarrados del mundo, el país carioca hoy ostenta orgullosamente la comunidad de árabes y descendientes árabes más grande de América Latina. Pero el albergue brasilero va inclusive más allá: recibió oleadas migratorias árabes

no solamente derivadas del dominio otomano, sino también de todos los conflictos posteriores, granjeándole además la comunidad musulmana más grande del continente hispanoamericano, con todas sus sectas ampliamente representadas en varias ciudades. Hay que recalcar que la comunidad árabe más grande en Brasil es la sirio-libanesa, pero que, como ningún otro, nuestro vecino oriental tiene arabehablantes de prácticamente toda la Liga Árabe viviendo en su territorio y marcando un ejemplo de hospitalidad para el mundo entero.

Retomando nuevamente la narrativa general y particularmente, la boliviana, los primeros inmigrantes llegaron, como señala el Dr. Alberto Asbún, algunos con poco capital, pero la mayoría solo con entusiasmo. El primer oficio que ostentaron fue el de buhoneros: comerciantes de baratijas, artículos varios y souvenirs de Tierra Santa que trajeron consigo. Sin saber el idioma, lo aprendieron vendiendo y poco a poco fueron saliendo adelante. Esta labor tampoco contribuyó en lo absoluto a mejorar la imagen del “turco inmigrante”, porque ahora era asociada también a comerciante deshonesto, ladino y timador. Y la escena no es difícil de imaginar para quienes han tenido la suerte de visitar un mercado árabe. Desde Marrakech a Baalbek, la circunstancia es casi idéntica: el clásico vendedor de actitud invasiva para con sus clientes, que le coloca un sobrepeso a sus artículos con el fin de darse un margen de negociación. Si bien propio del mundo árabe, no es algo exclusivo del mismo: sucede exactamente lo mismo en casi todos los mercados (especialmente turísticos) de países tercermundistas.

Este fue un fenómeno tan generalizado en nuestro continente, que diversos autores en la materia lo describen de la misma manera y Bolivia no sería la excepción. Esta tipificación de “comerciante” persigue a los árabes en la noción general retratada en la cultura popular hasta nuestros días y en su momento, también contribuyó a la disociación de la identidad árabe de las futuras generaciones, a favor de una asimilación más rápida a las sociedades latinas. No obstante, probablemente sin saberlo, este oficio favoreció enormemente la integración y el movimiento económico en la vastedad de nuestros países.

A diferencia del Medio Oriente, donde, en la mitad de la extensión territorial de Bolivia caben varios Estados, Latinoamérica es muy extensa y como destacamos brevemente antes, los primeros inmigrantes se asentaron en poblaciones pequeñas. Al ser de naturaleza comerciante y tener que buscarse la vida donde los nacionales les dejaban espacio, lograron abrir rutas comerciales y abastecer pequeños poblados de bienes, que, de otra manera, habrían tardado más en aprovisionarse, como señala el autor árabe-argentino, Hamurabi Noufour. Este aprovechamiento, de la mano de la facilitación de microcréditos, les permitió a los “paisanos” comenzar a acumular capital y ganarse el respeto y amistad de los pobladores locales y clientes suyos, con los que convivían día a día.

Poco a poco, dicho capital se convirtió en un comercio más formal y menos ambulatorio y uno de los rubros preferidos en general, desde México hasta Argentina, fue el textil, si no derechamente el más elegido por los árabes. Hoy en día, es difícil no encontrar en la historia de cada país latino, la referencia a algún prominente descendiente árabe que no haya empezado sus negocios con telas o telares. Resulta complicado estimar como se ha podido dar una preferencia tan marcada en eventos completamente independientes, no obstante, desde la experiencia salvadoreña, Sarah Saca presenta un análisis digno de tomarse en cuenta: las telas consistían en un producto no solamente barato, sino además imperecedero y de alta demanda para la época. Del comercio, se trasladarían a la industria, en busca siempre de una mayor prosperidad económica.

Es así como hasta mediados del siglo pasado, tendríamos varios ejemplos de crecimiento: el 75% de los artículos de seda brasileros serían provistos por industrias árabes; un 40% de la industria textil chilena estaría en manos de árabes palestinos, mientras que, en la provisión de la materia del mismo, esta proporción ascendería hasta el 90%, llegando inclusive a ocupar gran parte del famoso barrio de Patronato, hasta el día de hoy reconocido como el histórico “barrio de los paisanos” en Santiago de Chile. Así también, considerando ya otros rubros naturalmente, se estima que un 27% de las tiendas hondureñas serían administradas por árabes y que los mismos contribuirían hasta un 60% del producto interno bruto industrial del país centroamericano.

Paulatinamente y de esta manera, futuras generaciones de descendientes árabes fueron ascendiendo en la escala socioeconómica de sus naciones, ingresando a negocios más lucrativos como la banca, por ejemplo. Este escalamiento social le valió al apellido árabe el sinónimo de “riqueza y poder” en varios países, como Honduras, de acuerdo a lo señalado por la autora Camila Pastor. Se dice inclusive, que los capitales generados por empresarios de origen árabe recortaron el impacto de la crisis económica de mediados de siglo en América Latina. De la misma manera, adicional al área del sector privado, existen egregias participaciones de descendientes árabes en la política, cultura, arte y literatura de sus países; aportaciones que se dieron en paralelo a de la empresa, que fue algo también transversal casi a todas las familias árabes, en todos los países de América Latina. Ejemplos de esto hay cientos, pero destinares un apartado específico a los mismos, más adelante.

Además del progreso económico y la transición de oficios detallada en párrafos anteriores, otro de los factores que resalta como transversal a nuestras naciones hispanoamericanas, es la existencia de los mismos apellidos árabes. ¿Por qué se da esto? – La respuesta es nuevamente simple: después de varios meses en barcos a vapor, los primeros inmigrantes llegaban a los puertos más concurridos de América Latina: Panamá, Antofagasta, Valparaíso, Buenos Aires y Cartagena de Indias, por mencionar algunos. Una vez allá comenzaban a diseminarse por el territorio americano, buscando aquellos lugares que ofrecieran mejores oportunidades. En el caso boliviano, esto se dio principalmente en ciudades como La Paz, Oruro y Potosí, debido a las minas, así como Tarija, Pando, Santa Cruz y Beni, debido a la agricultura. A partir de allí, se irían adentrando a Cochabamba y Sucre en búsqueda de climas más templados y parecidos a los de su tierra natal. Como sucedió con muchas familias inmigrantes, ya sea en la primera generación o en la segunda, los miembros de las mismas se trasladaban a otras ciudades y países, para diversificar el riesgo y ver dónde podrían maximizar beneficios. Es así como, por ejemplo, los Abuawad de Bolivia y Chile están claramente emparentados, tal como con los Said de Argentina, Bolivia y Chile o los Nemer bolivianos y los Nemer brasileros. Este fenómeno, sin embargo, se extiende más allá de fronteras vecinas, como es el caso de los Abudinen entre Colombia y Bolivia, los Handal y los Abularach, en Centroamérica y nuestro país, los Aliss bolivianos y los Alís mexicanos, los Hazboun, Hasbún o Asbún, comunes en varios países vecinos y distantes, entre otros varios ejemplos.

Otro fenómeno destacado, es que al migrar muchos apellidos fueron cambiados. Estos cambios se pueden clasificar en diferentes magnitudes: la primera es un cambio marginal y poco relevante. Después de todo, aproximadamente solo la mitad de las letras del idioma árabe tienen equivalente directo en la pronunciación española, entonces la transliteración fue, por suerte, el menor de los problemas de los inmigrantes. Ejemplos de esto hay muchísimos: Sabat, Larach, Abularach, Mukled, Abuawad, Talamás, Manzur, Sarsur, Asbún, Harb, Handal, Nazrala, Selúm, Giacoman, Chajtur, Baracatt, Nemer, El Hage, Dipp, Dips, Lama, Raslan, Alub, Bendek, Yureidini, Salame, Dajbura, Casap, Abudinen, Dabdoub,

Abujder, Saba, Zimer, Nostas, Exeni, Casap, Aburdene, Sabag, Majluf, Telchi, Ayad, Eid, Curi, Dueri, Barzón, Shriqui, Madde, Azad, Katimi, Aliss, Manzur, Sabja, Asfura, Adad, Neif, Rabaj, Chaín, etc. Todos ellos también son considerados apellidos en el mundo árabe, solamente que en América cambiaron ligeramente su forma de escribirse.

La segunda fue una adopción de un “tercer nombre” como apellido. Este fue un caso sustancialmente común, puesto que en el mundo árabe se estilaba mucho llevar el primer nombre propio, el segundo equivalente al del padre, el tercero al del abuelo y a veces hasta el cuarto reservado para el bisabuelo; recién en el quinto lugar llegaba el apellido de la familia. Las familias Satt (originalmente del nombre Saad, que significa “felicidad”), David, Alé (del nombre Alí), Israel, Omar, Atue, Diab, Jalil, Sauma, Tovias, Salek (del nombre Saleh, “justo”), Hiza o Issa (el nombre de Jesús en árabe, traducido como “Salvador”), Simon, Atalá, Nacif, Mustafá, Daher, Dajer, Marcos, Tuma (“Tomás” en árabe), Chali, Chalup, Abdar (una abreviación posible de Abd-ar-Rahim) entre otras varias caen en esta categoría, aunque cabe resaltar que algunos de esos nombres también pudieron ser usados como apellidos en su origen, ya que son bastante comunes en los países arabehablantes.

La tercera, corresponde a aquellos que adoptaron el nombre de la ciudad de origen de donde salieron o al menos, su gentilicio, como las familias Arab y Árabe, que tienen un gentilicio simplificado, los Zalaquett de Zahle, Homsí de Homs (el apellido original de la familia Satt), los Darrás de Beit Darás, los Malky de Al-Malikiya (de donde luego emigrarían a Palestina, para recién zarpar del Medio Oriente) o los Barja del poblado homónimo en el actual Líbano. Una cuarta se dirige a la adopción de un apodo o profesión, que quedaría grabado como apellido; algo que se daría tanto en la migración como mucho antes. Tal es el caso de las familias Nallar o Nayar (del árabe “carpintero”), los Avivi (o Habibi, en árabe), los Amas (aproximado como “severo”) o los Abs (traducido como “gruñón”). Hasta el momento, todas estas familias han podido conservar visiblemente el origen árabe en sus apellidos, no obstante, el quinto caso que detallaremos supuso un cambio radical: el cambio absoluto de un apellido árabe por un apellido español. Lamentablemente, este fue el caso de muchos, ya sea por error del personal público o bien, por la necesidad de asimilación de los mal llamados “turcos”; apellidos como Ibáñez (Wanna), Guzmán (Othmán), Mendoza (Yamlusa), Torrez (Tanuz), Flores (Abushemá), Zapata (Sabat) y tantos otros cuyo origen se ha perdido en las crónicas familiares.

Habiendo repasado brevemente la clasificación anterior, vale hacer algunas aclaraciones fundamentales: La primera es que claramente, no podemos ni remotamente decir que todos los Mendoza, los Zapata o los Flores son de origen árabe, pero si reconocer que dentro de ese apellido habrá una rama que tenga raíces en el Levante. La segunda, es que la propia clasificación anterior es una aproximación mas sus límites no son definitivos; como se mencionó antes, muchos nombres árabes se utilizan también como apellido en el Medio Oriente (como sucede también en español con ejemplos como Rodrigo o Paz, solo que de forma más recurrente), sucediendo lo mismo con los otros elementos; es difícil, considerando el poco registro histórico que se tiene, delimitar dónde un nombre, apodo o gentilicio se convirtió en apellido. Por ende, probablemente la clasificación más definitiva en cuanto a migración se refiere, sea la quinta. Finalmente, la tercera aclaración, es que si bien las familias árabes en nuestro país se remontan claramente a una población (por ende, luego a un país), existen muchísimos apellidos que son transversales, siendo muy comunes en el mundo árabe. Por ejemplo, Eid, que también podría ser usado como nombre en el mundo árabe, corresponde en Bolivia a una familia de Deir Diwan, pero es muy común encontrar este apellido en los otros 21 países árabes. Otros casos de este estilo pueden ser Alem, Riadi, Farah, Taja, etc.

Esto nos lleva a nuestro siguiente análisis: la distribución poblacional de familias árabes en el territorio boliviano, por origen. A la luz de los puntos expuestos por este ensayo, resulta contradictorio hablar de un origen nacional árabe específico (referido a lo palestino, libanés, sirio, etc.), puesto que, como se retrató en diferentes ocasiones antes y continuaremos haciéndolo más adelante, los Estados modernos de la zona son más jóvenes que los propios inmigrantes y sus apellidos muchas veces, de acuerdo a lo relatado en el párrafo anterior, tienen un origen algo difuso. No obstante, es importante analizar la procedencia, ya que con ella reforzaremos la tesis de por qué Bolivia es, uno de los pocos focos del “sentimiento árabe” panarabista de la migración, a diferencia de nuestros vecinos.

Bolivia es el corazón sudamericano y también fue el punto de convergencia de las migraciones árabes, como demuestra el Dr. Asbún. Gran parte de la migración palestina a Sudamérica se asentó en las costas del Pacífico, destacando a la República de Chile como el país con la comunidad palestina más grande fuera del medio oriente. Por otra parte, las costas del Océano Atlántico vieron más sirios y libaneses, como se destaca el caso de Brasil y Argentina. Si nos enfocamos en el mapa boliviano, visualizando sus fronteras, vemos que la mayoría de descendientes palestinos llegó al occidente -frontera con Chile y Perú, mientras el oriente tuvo una población fundamentalmente más libanesa -frontera con Brasil, y el sur, predominantemente siria -frontera con Argentina. Existen excepciones, claramente y hoy más que nunca, con toda la migración interna hacia Santa Cruz, estas líneas se están borrando, pero a la luz del mapa migratorio del siglo pasado, podemos dibujar estas rayas con sustancial claridad: La Paz, Oruro, Potosí, Chuquisaca y Cochabamba tuvieron una población predominantemente más palestina, Pando, Beni y Santa Cruz más libanesa y Tarija, definitivamente más siria.

¿Significa esto que existe una mayoría de algún origen específico en Bolivia? – La respuesta es difícil de dar, ya que los datos que se tienen, tanto a nivel nacional como internacional, son sumamente limitados. Sin embargo, a partir de una estimación realizada con la obra del Dr. Asbún, “La Migración Árabe y Su Descendencia en Bolivia”, se han establecido algunos parámetros interesantes, que detallaremos a continuación.

Es factible estimar que existen cerca de 70.000 bolivianos con algún grado de origen árabe, aunque claramente no podemos decir cuántos árabes llegaron. Esto puede sonar a un número elevado, pero debe cotejarse tanto con la población nacional total, como con la población árabe per cápita para tener una idea real de dónde nos encontramos. Si tomamos la cifra anterior, dividiéndola por la población nacional según datos del año 2018, obtenemos que 6 de cada mil habitantes bolivianos serían descendientes de árabes. Nuevamente, suena a una cifra prometedora, pero palidece en comparación con otras naciones latinoamericanas.

Por ejemplo, el Salvador tiene una población árabe ligeramente mayor, con un estimado de 90.000 descendientes, aunque si lo analizamos sobre el total poblacional, es más del doble que el mismo indicador boliviano, con 14 habitantes por cada mil. Por otro lado, Chile ostenta una población de casi 700.000 descendientes, 10 veces más que Bolivia, de los cuales más de medio millón son de origen palestino, destacando la procedencia del poblado de Beit Jala. Esto se traduce a que 37 de cada mil chilenos son de origen árabe. Argentina por su parte, tiene cerca de un millón más que Chile, pero su indicador per cápita, el ser un país mas poblado, es casi el mismo: 38 por cada mil. Finalmente, tenemos el caso de Brasil, el cual como destacamos antes, tiene la comunidad árabe más grande del continente, con 12 millones de habitantes de este origen; más que el total de bolivianos. Inclusive, siendo un país tan grande y poblado, el indicador per cápita de los cariocas es de 58 habitantes por cada mil; es decir, casi un 6% de los brasileros tiene origen árabe. No es de extrañarse

entonces, que estos países tengan destacadas presencias institucionales árabes, como el Club de Fútbol "Palestino", en Santiago o el famoso Hospital Sirio-Libanés de Sao Paulo.

Retornando al caso de Bolivia y tras haber visto los números grandes, analizaremos ahora el detalle: la composición de la colectividad árabe por origen. Lejos de disociarnos del enfoque fundamental de la cosmovisión "arabista" de nuestra comunidad, este análisis en realidad respaldará la noción de la misma. Al igual que en el caso anterior, definir estos números con confianza estadística suficiente es prácticamente imposible, no obstante, contamos con que sean indicadores adecuadamente relevantes en términos generales.

Tras analizar (con base cuantitativa) la migración y lo expuesto por el Dr. Asbún en su obra, vemos que aproximadamente un 40% de la comunidad puede estimarse con origen palestino, un 37% con origen libanés, un 20% oriundos de territorio sirio, un 3% naturales iraquíes y un saldo muy pequeño correspondiente a pocas familias de origen egipcio, jordano y marroquí. Es fundamental destacar como un elemento muy importante, del cual hablaremos profundamente más adelante, que si bien estos porcentajes pueden considerarse en función de los apellidos y sus capostirpes inmigrantes, muchos de sus descendientes están mezclados tanto entre sí, como con naturales bolivianos, por lo que definir a nivel personal el origen por nación árabe es una tarea imposible.

Haciendo un análisis de orden superior sobre los números, no solo se ve una comunidad bastante homogénea, especialmente en cuanto a palestinos y libaneses se refiere (como pocas en el continente) si no que además podemos vislumbrar aquellos países que efectivamente emitieron una corriente migratoria, alineada con los acontecimientos del Imperio Otomano a inicios del siglo XX. Diferentes de aquellos que tienen números más pequeños, cuyas migraciones responden más a impulsos personales con motivos particulares, en lugar de a diásporas generalizadas por motivos políticos, étnicos o religiosos. Adicionalmente, profundizamos algo más en lo que ya se ha mencionado: las migraciones desde territorios palestinos, libaneses, sirios e iraquíes fueron en un 80% cristianas ortodoxas o católicas y solo un 20% musulmanas, mientras que los pocos egipcios y jordanos fueron todos seguidores del islam y llegaron mucho después de la Primera Guerra Mundial. Finalmente, uno de los casos más interesantes es el de los árabes-bolivianos marroquíes, que en realidad son judíos sefarditas y corresponde a una sola familia de Tánger: los Shriqui, asentados primordialmente en el Beni. El lector podrá pensar que ser judío y ser árabe es una contradicción, a causa de las innecesarias simplificaciones que realizan los medios y especialmente, por la ocupación israelí en Palestina y todas las guerras árabe-israelíes, sin embargo, aprovechamos el presente escrito para esclarecer dos puntos importantes. Primero: el judaísmo es una religión y así como hay árabes cristianos o europeos musulmanes, la existencia de judíos árabes no debe ser motivo de extrañeza; inclusive, es factible encontrar judíos hasta el día de hoy en Líbano y Siria, llamados mizrajíes u "orientales". Segundo: el ser israelí o sionista no implica necesariamente ser judío, ni viceversa. Existen diversos grupos de otras religiones (y también ateos o laicos) que se definen como sionistas, así como comunidades judías ortodoxas, como Neturei Karta, que rechazan el ideal sionista del Estado de Israel en suelo palestino.

¿Por qué tan pocos musulmanes llegaron a Bolivia? – A diferencia de lo que paso en países como México y Brasil, donde la comunidad árabe (tanto cristiana oriental, como musulmana) hizo mucho hincapié en mantener sus vínculos religiosos, la boliviana no sería el caso. Una de las respuestas más escuetas a la pregunta anterior, es que el Estado boliviano se definía como un Estado católico y de acuerdo a su Constitución, obligaba a otras religiones a pagar un impuesto religioso, lo cual llevó a que muchos "paisanos" cristianos ortodoxos y musulmanes se convirtieran al catolicismo romano apostólico. Dicho proceso

sucedió relativamente rápido entre las primeras generaciones, nuevamente como un factor que favoreciera la rápida asimilación en la sociedad, a tal punto que la descendencia poco y nada conoce de otras confesiones que no sean el catolicismo o bien, ni siquiera tienen conocimiento de que su familia fue alguna vez musulmana, maronita, drusa, judía o cristiana ortodoxa. Uno de los casos excepcionales que llama la atención en Bolivia, es el de la familia Abujder, quienes tienen un mausoleo en el Cementerio Árabe de Cochabamba que exhibe todavía, lado a lado, elementos del islam y del catolicismo en perfecta armonía. Dicho cementerio es uno de los pocos que prevalece en el país, reservado para familias de origen árabe y de iniciativa privada, además del Mausoleo Árabe de Santa Cruz, un área privada reservada dentro del Cementerio General de la ciudad. El primero mantenido, cuidado administrado por Carlos Santiago y el segundo por el Dr. Alberto Asbún Karmy, junto a sus respectivos directorios.

Pese a que, como dijimos, casi toda la comunidad árabe-boliviana es hoy en día católica (con algún porcentaje evangélico), la situación de las religiones ha cambiado durante los últimos años en el país y algunas confesiones orientales han logrado abrirse un campo. Respecto al islam, la piedra fundacional se colocaría a finales de los 80, por el Sheikh Mahmoud Isa Amer en Santa Cruz, con el Centro Islámico Boliviano y la Mezquita Al-Omarein. Seguida de estos, se inauguraría la Mezquita As-Salam en La Paz el 2006 y posteriormente 3 templos más pequeños, llamados "Musala", en Cochabamba, Sucre y Oruro, de acuerdo a lo que nos comenta el Dr. Ayman Altaramsi, imam en La Paz y actual presidente de la Asociación Islámica de Bolivia. Por otra parte, la iglesia ortodoxa oriental tendría una representación mucho más reciente, con el arribo del obispo Su Gracia Anba Youssef el año 2000 y el rito copto ortodoxo de Egipto. Actualmente mantienen 6 templos en Santa Cruz, con miras a continuar creciendo a través de proyectos religiosos, educacionales y sociales. Lo más interesante de esta situación, es que los fieles de estas religiones en nuestro país son fundamentalmente bolivianos, que nada tienen que ver con la migración y el origen árabe. Como lo pone el obispo cristiano copto ortodoxo, Anba Youssef, en una entrevista con la prensa nacional: "vine para los feligreses egipcios y me quedé para los bolivianos".

Hemos visto que la religión, si bien juega un papel fundamental en la vida de un habitante del mundo árabe, especialmente en el Medio Oriente, las cosas resultaron diferentes en Bolivia. El deseo de insertarse adecuadamente en la sociedad prevaleció por encima de la preservación de sus ritos en mayor o menor grado. No obstante, el latinoamericano tiene en su mente un imaginario de lo que significa ser "árabe"; un concepto que fue cambiando con los acontecimientos de la historia moderna, a los cuales los inmigrantes levantinos tuvieron que irse acomodando; a estos imaginarios se los puede denominar como "orientalismos latinoamericanos", en palabras de Camila Pastor.

Los orientalismos latinoamericanos han sido forjadores indiscutibles de la identidad árabe-latinoamericana, tanto aquellos positivos que impulsaron la imagen del "paisano" hacia adelante, como los negativos con los que se tuvo y tiene que luchar hasta hoy. Uno de los más comunes, es la confusión del ser árabe con ser musulmán, algo que prevalece hasta nuestros días. Esta confusión deriva en dos orientalismos adicionales, sumamente negativos: los estereotipos del machismo musulmán y el terrorista islámico, ampliamente alimentados por la industria televisiva. Como señala Jack Shaheen en el documental "Reel Bad Arabs", la industria cinematográfica se ha encargado sistemáticamente de alimentar la noción negativa de que los árabes son bárbaros, incivilizados, polígamos y especialmente terroristas. Este último término ha tenido muchísimo impacto especialmente después de los atentados del 11 de septiembre del 2001, para validar la invasión norteamericana de países como Afganistán e Irak ante la comunidad internacional.

Dicha validación tuvo un éxito limitado y vino con un costo diplomático alto para los estadounidenses, aunque sí tuvo mucha resonancia en la población en general dentro y fuera de Estados Unidos, considerando el gran alcance que posee Hollywood. Sin embargo, para la comunidad árabe-boliviana, no es un óbice y en realidad, es hasta motivo de bromas internas entre amigos el hacer referencias jocosas al “Taliban” (que poco y nada tiene que ver con los árabes, algo más propio de Afganistán), “poner las bombas”, “los terroristas”, “Al-Qaeda”, etc. Por otra parte, hay que destacar que la Juventud Árabe de Bolivia ha realizado y continúa realizando varias actividades sociales y culturales que apuntan a amainar el impacto del concepto del árabe como terrorista islamista radical. Desde la perspectiva del considerado “machismo musulmán”, este también se ha visto cebado por la televisión, pero en una naturaleza más cercana: novelas como “El Clon” o algunas otras de origen turco, más recientes, retratan una realidad reservada actualmente a los segmentos minoritarios más fundamentalistas de la sociedad musulmana, mas no así, a la mayoría. En comparación con el orientalismo negativo primeramente nombrado, este es uno de menor impacto, al menos en Bolivia, donde ha decaído en un concepto de “árabe mujeriego” o “árabe machista” (inclusive dentro de la misma colectividad); Más allá de ser una idea casi inocua o generar preguntas casuales, casi en tono jocosos, como ser: “¿y ustedes pueden tener varias mujeres?”, no supone ningún tipo de obstáculo social en el presente.

En la otra cara de la moneda, están los orientalismos latinoamericanos positivos: aquellos que, o bien no afectan o bien, alimentan la noción positiva del árabe en este continente y particularmente, en Bolivia. El primero y más importante probablemente, es la gastronomía. Muchísimas familias, descendientes árabes o no, disfrutan mucho de platos como el Kibbe, Marmaon, Malfouf y tantos otros, que se han hecho populares. Hablando de gastronomía, uno de los temas más interesantes a analizar, son aquellos orientalismos que no se reconocen como tales; tal como los tacos al pastor derivados del Shawarma en México, Bolivia tiene el ejemplo de dos comidas nacionales, que fueron influenciadas por árabes: el primero se refiere al nombre de la Sajta de Pollo, un plato típico del occidente del país. “Sajta” significa en árabe “maldición” y el cuento popular dice que se le invitó este plato a un “paisano”, quien, habiendo probado algo tan picante, no dejaba de repetir “¡maldición, maldición!” entregándole el nombre al platillo andino, como relatan los “paisanos” de La Paz, Jorge Nemer y Saleh Bazbazat y Ayman Altaramsi. El segundo caso se refiere al Relleno Beniano, que no es otra cosa que el Mazarín o “Tripa Rellena” de los árabes levantinos. Este es un plato sumamente común en el noreste del país, que se consume ampliamente por bolivianos en todo el territorio y que se le atribuye origen árabe, por la inmigración libanesa que ingreso por dicha zona.

Otro de los orientalismos positivos más importantes es la Danza del Vientre. Aunque tiene un origen mucho más antiguo que la civilización árabe, la misma se popularizó en Egipto durante el siglo pasado y desde allí, se exportó a todos los rincones del planeta. En América Latina (tanto como en todo el mundo) es símbolo de sensualidad, de lo exótico y de erotismo femenino, tanto así que ha trascendido mucho más allá de la comunidad árabe y se ha extendido a estudios de danza, clases particulares y gimnasios que poco y nada que ver tienen con el Levante. Hoy en día, es muy común ver profesoras egregias de esta danza, que no tienen origen árabe y que inclusive hacen estudios profesionales de la misma en Egipto, tanto como aquellas otras que lo enseñan como una “corriente fitness” en centros deportivos sin demasiada técnica. Es más; nos atrevemos a decir que hay más profesoras de Danza del Vientre, que no tienen origen árabe en Bolivia, que aquellas que, si lo tienen. A partir de esto es que vincula a la mujer árabes y árabes-latinas con una sensualidad exótica por encima del promedio, en el inconsciente colectivo; algo que el mercado ha sabido aprovechar.

Uno de los orientalismos más arraigados, reservado fundamentalmente a su migración, es el concepto del comerciante exitoso. Replicando de nuevo la cita a Pastor, ser descendiente árabe se habría convertido en sinónimo de “riqueza y poder”, una noción común a casi todos los países de América Latina hacia mediados y finales del siglo pasado. Impulsado además por el preconceito del “árabe petrolero multimillonario”, exportado por los países del Golfo (especialmente los Emiratos Árabes Unidos) en el siglo XXI, el concepto de “ser árabe” logró relacionarse con el de “tener plata” en Bolivia y probablemente, en Latinoamérica también. Revisando la historia de la migración, claramente uno ve como los “paisanos” escalaron, a través del duro esfuerzo y trabajo, en la pirámide social. Actualmente, varios países tienen grandes historias de empresarios árabes, que no solo se hicieron de la nada, si no que también aportaron muchísimo al país, tanto o más que cualquier vernáculo. Uno de los ejemplos más conocidos, es Carlos Slim, uno de los hombres más ricos del mundo, mexicano descendiente árabe. Otros, quizás algo menos conocidos, son el de Álvaro Saieh Bendeck en Chile y Carlos Ghosn en Brasil. Y Bolivia no se queda atrás, con cientos de grandes personalidades que pusieron su granito de arena para hacer de este país el que conocemos y disfrutamos hoy: empresarios que marcarían la historia, no solo en empresa, sino también en otras áreas de la sociedad, como Rafael Mendoza Castellón, Miguel Dueri Anton-Marie, Víctor Handal Salame, Gabriel Dabdoub Siwady, Ernesto Nostas Telchi, Jorge Marcos Salvador, Juan Abuawad Chahuán, Abraham Telchi Giacomani, entre tantos otros de la “vieja escuela”. Actualmente, muchísimas de las empresas más importantes de Bolivia se encuentran en manos árabes-bolivianas y sus grandes historias de éxito impulsan la noción del descendiente árabe como una figura a la que admirar y seguir, porque solo hizo riqueza, sino que construyó sociedad.

Por otra parte, una noción que ha acercado el mundo árabe bastante a Bolivia hasta hace poco, fue su compatibilidad política ideológica. Esto ha tenido más respuestas negativas que positivas dentro de la comunidad árabe en nuestro país, pero es importante que sea mencionado: el acercamiento de los regímenes del así llamado Socialismo del Siglo XXI con algunos gobiernos de Medio Oriente, como el de Siria y especialmente, el de Palestina. Entre gobiernos árabes y latinos no existía un acercamiento real, hasta que encontraron un adversario ideológico común: el imperialismo estadounidense y sus aliados. Recordemos que no fue la Liga Árabe, sino los gobiernos de Venezuela y Bolivia quienes emitieron las condenas más duras contra Israel en diferentes instancias, ante la comunidad internacional hace algunos años atrás. Esto les ganó a personajes como el ex presidente venezolano, Hugo Chávez Frías, que muchas familias palestinas cuelgan su retrato en sus hogares al lado del de Yasser Arafat. De la misma manera, el ex presidente Evo Morales Ayma sería reconocido en todo el Medio Oriente, como uno de los líderes políticos que hizo frente a las políticas israelíes, cuando los declaró un “Estado terrorista” el 2014, durante la invasión sionista a Gaza, imponiendo además varias restricciones de visado para sus ciudadanos.

Algo que vale la pena resaltar, según Zidane Zeraoui, es que es extraño ver que no ha habido un acercamiento político-económico desde Latinoamérica hacia el mundo árabe en todo el siglo pasado, considerando la gran cantidad de presidentes latinoamericanos de origen árabe que hemos tenido: Carlos Menem en Argentina, Michel Temer en Brasil, Abdala Bucaram y Jamil Mahuad en Ecuador, Julio César Turbay en Colombia, Carlos Flores Facussé en Honduras, Jacobo Majluta Azar en República Dominicana, Elías Antonio Saca y actualmente Nayib Bukele en El Salvador, así como Mario Abdo en Paraguay. Y claramente el caso boliviano, con el General Juan Pereda Asbún, además de varias carteras públicas inferiores, tanto en el aparato legislativo, como en el ejecutivo, electoral y el judicial, a lo largo de diferentes momentos de la historia, con distintos aportes: Juan Lechín Oquendo, ex vicepresidente del país y fundador de la Central Obrera Boliviana y el General Antonio

Seleme, líder de la Revolución de 1952 son solo algunos de varios renombrados adicionales: Oscar Eid Franco, Benjamín Miguel Harb, Alfredo Higazy, José Ernesto Asbún, Juan Antonio Chahín Lupo, Miguel Majluf, Widen Razuk, Moisés Shriqui Vejarano, Isaac Attie, Silvia Salame Farjat, Jerjes Justiniano Atalá, Javier Issa Reynolds, Sami Aliss Saba, Fernando Mustafá, Diana Bendek Telchi, Jose Luis Exeni Rodríguez y varios otros más que componen una larga lista de “paisanos” que sirvieron o aún sirven en el sector público boliviano. En palabras del mismo Zeraoui, el distanciamiento político-económico del Medio Oriente se debe no solamente al desapego de las generaciones subsecuentes a la inmigración, sino también a la lejanía percibida con el Medio Oriente y la frágil economía de la mayoría de su población.

Continuando con la misma idea, es obvio que los descendientes árabes hicieron mucho por Bolivia, además de ser los primeros grandes empresarios e importantes políticos; el deporte, el arte y las ciencias sociales también fueron campos con “paisanos” destacados: desde los de las generaciones mayores, como José Issa Cheade (apodado “La Araña Negra” cuando era arquero de la selección nacional boliviana de fútbol), los automovilistas William Bendek Sikaffy, Atala Tobia Yapur, Omar Eid, Alí Eid Alí Abo el Nour y el campeón de levantamiento de pesas, Pedro Satt Razuk; hasta los campeones más jóvenes como Alejandro Madde Madde, Mohamed Yussuf Dames, Esteban Eid Mendoza, Ali Abo El Nour Simon, Pedro Satt Bascopé, en áreas diversas, muchos de ellos siguiendo los pasos de sus padres, como se puede interpretar. En las ciencias sociales también se tiene grandes exponentes, como los importantes escritores, literatos y ensayistas: Alberto Asbún Karmy, Jorge Bendek Telchi, Jorge Casal Baracatt, Juan Claudio Lechín Weise, Eduardo Mitre o Rodrigo Hasbún; los famosos comunicadores que vemos por medios variados: Mariam Nazrala Casap, Reyes Seleme, Fernando Eid Saba, Marco Dipp Mukled, Tuffí Aré Vásquez y Jimena Antelo Telchi; finalmente, los virtuosos artistas: Emilio Aliss, Jose Luis Handal Farah, Alejandro Hangano Cassab (mejor conocido como el Gran Sandy) o Eduardo Dajbura. Cada uno de ellos y muchos otros más, destacaron de alguna u otra manera lo humano de lo árabe en la sociedad boliviana.

Otros hijos de inmigrantes árabes hicieron su gran aporte a la salud de los bolivianos, entre los que destacamos a Jacobo Abularach, Juan Abujder Espinoza, Juan Asbún, Alberto Darrás Abujder, Khalil Nallar Camacho, Oliver Dueri Siade y José Katimi Nostas; muchos de ellos a través de la praxis, otros a través de la provisión de equipamientos o medicamentos y algunos, a través de ambas. Alineados en la misma dirección, otros “paisanos” fueron fundadores y altos miembros de varias instituciones en el país, de diferente envergadura: desde la masonería tarijeña y los comités cívicos cruceños, hasta asociaciones nacionales de emprendedores y empresarios. Ejemplos de esto pueden ser: Muci Chali Grer, Fernando Larach Santistevan, Sergio Asbún Saba, Aníbal Arab Fadul, Salomón Eid, Omaira Saucedo Bendek, David Barja Cuéllar, Ronald Nostas Ardaya y muchos más.

Todos estos inmigrantes, hijos de inmigrantes y nietos de inmigrantes árabes y tantos otros más, hoy naturales bolivianos, a quienes se rinde un homenaje silencioso han marcado y continúan marcando la historia de Bolivia. Muchos de ellos con certeza se han distanciado de sus orígenes, pero no así, sus orígenes de ellos. Es de suma importancia también resaltar, que, aunque todos hayan aportado grandemente en sus campos de pericia, la absoluta mayoría de ellos ha construido o continúa un legado empresarial muy importante para nuestra economía; los capitales árabes-bolivianos dan trabajo a decenas de miles de familias bolivianas, a lo largo y ancho del país.

Naturalmente, estos aportes multidisciplinarios se extrapolan también a otras naciones de la región, puesto que Latinoamérica y América en general tuvo también grandes exponentes

árabes más allá de la política y la empresa: el famoso empresario innovador y fundador de Apple, Steve Jobs, de sangre árabe-siria, aunque adoptado por norteamericanos es uno de los ejemplos más icónicos en Estados Unidos, junto con algunos actores como el estadounidense Vince Vaughn, la mexicana Salma Hayek y el argentino, Ricardo Darín. En el campo del deporte, se reconoce al campeón olímpico chileno Nicolás Massú, mientras que en la música se tienen a las figuras de Shakira Mebarak en Colombia y Eduardo Falú con Leonardo Favio (originalmente Fuad Jorge Jury) en Argentina. Solo basta escarbar un poco para encontrar que los más de 20 millones de descendientes árabes-latinoamericanos no solo se introdujeron muy bien en las sociedades del Nuevo Mundo, sino que las enaltecieron.

Con tanto personaje prominente, resta preguntarse ¿por qué no nos sentimos aún más orgullosos de ser descendientes árabes en Latinoamérica? – La respuesta en esta oportunidad resiste la simplicidad, pero será motivo de análisis en los párrafos venideros y seguramente, de los conceptos en los que se vayan profundizando en el tiempo. Aunque una porción de la descendencia árabe en Bolivia si se siente sumamente orgullosa y resalta sus orígenes casi en todas sus actividades de alguna manera, la mayoría lo tiene “con cargo a inventario”: algo de lo que se tiene cierta conciencia, pero no es motivo de mayor reconocimiento u orgullo. Es así, que analizaremos factores como el idioma, la música, las danzas, la gastronomía y los matrimonios de la comunidad, a continuación.

Es innegable que la pérdida y recuperación de la identidad árabe sigue una cierta tendencia en Bolivia: la primera generación fue probablemente la que tuvo mayor vinculación con su origen. Los abuelos y bisabuelos que llegaron en los años 20 trataban de mantenerse al tanto de lo que ocurría en sus países, pensando quizás en que podrían regresar algún día. Y es lógico pensarlo; después de todo, fue una época de grandes cambios políticos en la región: caería el Imperio Otomano y los árabes esperarían la fundación de su Estado-nación, como se les había prometido. No obstante, como ya lo hemos visto, los europeos no cumplieron su parte del trato y la situación no mejoró. Conforme avanzaron algunos pocos años, muchos entendieron que volver no iba a ser una buena idea o siquiera, una posibilidad, por lo que empezaron a echar raíces en América Latina. En este proceso, la búsqueda por ser asimilados y aceptados en una sociedad que los rechazaba se incrementó sustancialmente, tomando medidas como ponerles nombres hispanos a sus hijos o hasta cambiarse ellos mismos el nombre de pila o hasta el apellido. Además, la enseñanza del idioma también se perdería; los padres quisieran que sus hijos fueran considerados más latinos que árabes y para eso, sacrificar el lenguaje parecía una buena opción. Algunos pocos lo reservarían para las discusiones maritales en casa, según relatan algunos “paisanos” de la segunda generación. Recordemos también, que casi tres cuartos de los inmigrantes levantinos era analfabeto en el propio árabe, por lo que enseñarlo como tal a sus hijos no iba a ser fácil. Pese a esto, una población no menor perteneciente a la segunda generación lo entendería, mas no podría hablarlo ni menos aún escribirlo. La tercera generación reconocería algunas palabras, especialmente aquellas que no deben decirse, que transmitirían a la cuarta. Entre las expresiones que podemos nombrar aquí están: “Atini Masari” (Dame dinero), “Ruh Al Bayt” (Ve a la casa), “Nushkur Allah” (Gracias a Dios), entre otras. De hecho, se las aprendía como un solo bloque, sin desglosar sus palabras o partes, casi como un rezo en un idioma extranjero.

Como fue indicado ya hace algunos párrafos, las danzas árabes no fueron uno de los elementos a mantenerse, así como la música en general, reservada en la actualidad a eventos sociales propios y organizados por los directorios de las organizaciones árabes-bolivianas. Si bien existen bailarinas de Danza del Vientre entre las “paisanas”, son cada vez menos y responden en realidad a clases organizadas por academias profesionales o

semiprofesionales, más que agrupaciones de la propia comunidad con una cierta trayectoria, salvo la excepción de la Juventud Árabe de Bolivia en Santa Cruz, donde se ha consolidado un grupo de danza femenino en este arte. En contraste, tenemos el Dabke: el baile folklórico zapateado mixto, que pertenece específicamente al Levante (Palestina, Líbano, Jordania, Irak y Siria). En Bolivia, el Dabke prevalece hasta nuestros días como algo reservado para los pocos miembros de la comunidad árabe que les gusta bailar de forma casual o saben hacerlo en sus eventos socioculturales y algunos pocos matrimonios, cuando inclusive ahí amenaza con perderse. Los intentos más recientes de recuperarlo responden nuevamente a la Juventud Árabe de Bolivia en Santa Cruz, cuyos asociados jóvenes formaron un conjunto el 2014 y realizan ensayos ocasionalmente, habiéndose presentado ya en escenarios nacionales e internacionales. Sin embargo, otras ciudades no tienen conjuntos folklóricos de estas danzas, a diferencia de Chile o Argentina, que poseen diversas agrupaciones de Dabke, distribuidas en las ciudades más importantes de su amplio territorio.

Indiscutiblemente, uno de los bastiones más importantes de la cultura árabe en Bolivia ha sido la gastronomía: es muy difícil encontrar la casa de una familia árabe en Bolivia, donde no se coma, aunque sea alguna vez al año, algún platillo árabe de las decenas que existen. Este ha sido, por lejos, el vínculo cultural más fuerte de la descendencia en Bolivia y hasta la fecha se mantiene a gran escala como “comida casera”: si comparamos la oferta de establecimientos “a pedido” y restaurantes árabes nacionales con la de nuestros vecinos, quedamos totalmente atrás. Los platos del Medio Oriente se han difundido a través del “boca en boca”, invitaciones caseras y eventos culturales. Esto, sin mencionar la explosión muy reciente que han tenido los locales de Shawarma en Santa Cruz, muchos de los cuales no pertenecen ni tienen chefs árabes o de origen árabe. Si bien siempre existieron los pequeños negocios de comida árabe casera a pedido en cierta forma, realizados por “paisanas” del hogar, cuya mano en la cocina es de renombre, este reciente crecimiento de la oferta de Shawarmas ha impulsado tanto la demanda como la oferta, llevando a más personas a iniciar negocios gastronómicos árabes, en su mayoría a pedido, actualmente disponibles casi en todo el país, ya no reservados para los conocedores de la comunidad árabe, sino también para el público boliviano en general, que desea probar algo diferente o conoció la comida en casa de algún amigo “paisano”.

Paulatinamente, conforme se ascendía en la sociedad, los “paisanos” se irían casando con parejas bolivianas y procreando familias árabe-bolivianas, como tal. Algunas de estas familias mantendrían más las costumbres levantinas, mientras otras las diluirían para “bolivianizarse” completamente. No obstante, este no fue un fenómeno uniforme en todo el territorio nacional, algo particularmente interesante de examinar, a partir de la genealogía muy bien retratada en el libro “La Migración Árabe y Su Descendencia en Bolivia”, del Dr. Alberto Asbún. Para este estudio, podemos dividir el país en dos: occidente y oriente. En el caso de las familias orientales, asentadas en las áreas rurales como Beni y Pando, los matrimonios mixtos se darían mucho más rápido que en las zonas occidentales. Al ser una zona rural, de desarrollo muy limitado a inicios del siglo XX, posiblemente las conexiones camineras no eran fáciles y los árabes estarían disgregados en la Amazonía boliviana. Inclusive hoy, podemos ver que la estructura demográfica del Beni, a diferencia de otros departamentos, es relativamente descentralizada: se tiene a la ciudad de Trinidad como su capital, pero las poblaciones de Santa Ana, Santa Rosa, San Borja, Rurrenabaque, San Joaquín, Reyes, etc. tienen una sustancial relevancia demográfica también. De hecho, muchas de las familias árabes-bolivianas son de dichas poblaciones. Santa Cruz, como capital del oriente boliviano, tuvo casos similares: matrimonios de inmigrantes entre la primera y segunda generación, aunque un poco más tardíos que en el norte boliviano.

Por otra parte, el occidente boliviano disfrutaba de un mayor auge urbano desde inicios del siglo pasado, respaldado en su economía minera y la sede del aparato público entre La Paz y Sucre, pese a que hoy ya quedan muy pocos “paisanos” en Oruro y Potosí. La comunidad árabe en La Paz fue, en su momento, una de las más sólidas y potentadas del país. Inclusive, hacia finales del siglo XX, según relatan los adultos de la colectividad, presidentes de la república iban a jugar cartas al Club de la Unión Árabe, ubicado en ese entonces, donde actualmente se encuentra el Ex Hotel Radisson. Una mayor comunicación, interrelación, proximidad geográfica y sentido de comunidad hizo que los paisanos paceños y cochabambinos se aglutinen más entre sí, generando matrimonios son familias bolivianas recién a partir de la cuarta y hasta quinta generación. Inclusive una minoría habría viajado al Medio Oriente a casarse para retornar con mujeres árabes a Bolivia.

Otro de los factores contribuyentes, fue que gran parte de la migración occidental provino de las mismas poblaciones palestinas: Belén, Beit Jala y una minoría de las afueras de Jerusalén, para asentarse en La Paz y Cochabamba, a diferencia del oriente, donde vemos que gran parte de la migración llegó de poblaciones muy dispersas y variadas del Líbano, sin una tendencia marcada, como un excedente de la migración brasilera. Este contraste causó que las familias árabes asentadas en La Paz se conocieran o al menos, tuvieran referencias la unas de las otras, mas en el caso de Beni, Pando y en segunda medida, Santa Cruz, si hubo una cierta conexión, pero fue mucho menor y más accidental. Es importante también destacar que Cochabamba es probablemente la ciudad que tiene más árabes per cápita hasta el día de hoy, así como el Club Árabe más activo, lo que continúa favoreciendo los vínculos matrimoniales entre “paisanos” más que en cualquier otra ciudad y con el Club Árabe de Beneficencia de Cochabamba como centro. El caso de Sucre y Tarija, estando al centro-sur del país, podría decirse que son un híbrido entre ambos, pero se parecen ligeramente más al caso oriental que al occidental, además por un tema de números: son comparativamente muchos menos.

No debemos olvidar, que en esta instancia hablamos de matrimonios árabes y bolivianos, pero observemos que no hacemos una distinción de palestinos, libaneses y sirios. Dejamos de lado esta diferenciación, puesto que, como señalamos antes, además de ser una de las comunidades más homogéneas del continente, los números demográficos son comparativamente tan bajos, que los matrimonios entre palestinos, libaneses, iraquíes y sirios se dieron casi instantáneamente con la migración, casi desde la primera generación mayoritariamente. Este fue uno de los elementos fundamentales en la cimentación de una identidad árabe o panárabe, por encima de una identidad palestina, libanesa o siria en nuestro país.

CONCLUSIONES

Es así, como gran parte de la comunidad árabe-boliviana hoy, es en realidad boliviana-árabe. Muy parecido a la situación que relata Rigoberto Menéndez sobre la comunidad de árabes en Cuba, los descendientes de árabes en Bolivia sienten mayor proximidad con lo nacional, que con aquellos lejanos orígenes levantinos. No obstante, la vinculación persiste perenne y dista mucho todavía de haberse perdido. Más aún, se encuentra en proceso de recuperación. Las generaciones más jóvenes, actualmente cuarta, quinta e inclusive sexta en algunos casos, buscan reconectarse con sus orígenes de diversas maneras. La comida, ancla de su herencia cultural, ha sido un recordatorio transversal del origen de sus apellidos, aunque algunos ya no los lleven (muchos de ellos tienen en realidad nombres árabes para mantener dicho vínculo) y a partir de esto es que han comenzado a interesarse por la cultura, la música, la danza y hasta la historia y la política del Medio Oriente. Como señala

Gema Martín Muñoz, la inmigración árabe ha sido la antítesis al choque de civilizaciones, planteado por Samuel Huntington décadas atrás y se mantiene en un puente intermedio entre la asimilación (o globalización) total o la indigenización total, de acuerdo de alguna manera a los planteamientos de Thomas Friedman en su gran obra "El Lexus y el Olivo".

Actualmente, las actividades de la colectividad se centran fundamentalmente en cuatro ciudades de Bolivia: Santa Cruz, como la urbe más proactiva y grande (además de ser el centro económico productivo del país), seguida por Cochabamba, Tarija y La Paz, quienes también hacen grandes esfuerzos por proteger y recuperar su legado, en especial, a través de sus clubes árabes.

La comunidad árabe de Bolivia se parece mucho a otras comunidades árabes del continente, pero también tiene sus particularidades que la hacen única y hasta ejemplar. La Juventud Árabe de Bolivia y luego, la Comunidad Árabe de Bolivia han sabido rescatar el sentimiento de pertenencia para las generaciones más jóvenes y, a través del arduo trabajo de sus miembros, colocar a la colectividad árabe-boliviana nuevamente en la palestra social, como una institución. Los conjuntos de danza, los eventos nacionales y regionales, las actividades recurrentes sociales y culturales, las Convenciones Árabes, las conferencias, las clases de idioma árabe, de Danza del Vientre, de Dabke y tantas otras actividades han demostrado tener público y continúan creciendo hasta la fecha.

Para terminar, nunca olvidemos que el árabe no fue bien recibido y fue largamente tipificado como el comerciante aprovechador, además de erróneamente llamado "turco": el gentilicio de su opresor y el motivo por el cual había tenido que dejar su hogar. El árabe llegó a Bolivia, no como conquistador, sino como refugiado, cuando el ser refugiado no tenía un estatus jurídico especial, ni facilidades otorgadas; no obtuvo tierras por la fuerza, no engañó a los locales con espejos y artefactos básicos, no mató, ni esclavizó a nadie, no se llevó el oro ni la plata, no marginó ni estratificó la sociedad. Llegó como expatriado y todo lo que logró, lo logró con el sudor de su frente. Hoy los hijos, nietos y bisnietos de este árabe tenemos una nostalgia por algo que muchos no conocen y, aun así, orgullosamente tenemos dos patrias, porque, como dijo Yasser Arafat: "quien no ama su patria de origen, no merece tener otra".

REFERENCIAS

- “La Migración Árabe y Su Descendencia en Bolivia” – *Dr. Alberto Asbún Karmy*
- “La Colonia Árabe en Tarija” – *Dr. Jorge Casal Baracatt*
- “La Arabia Americana: Un Ejemplo Contra el Choque de Civilizaciones” – *Gema Martín Muñoz*
- “Contribuciones Árabes a las Identidades Iberoamericanas” – *Enrique V. Iglesias*
- “Del Medio Oriente a la Mayor Isla del Caribe: Los Árabes en Cuba” – *Rigoberto D. Menéndez Paredes*
- “El Aporte de los Árabes al Desarrollo y la Cultura en Chile” – *Lorenzo Agar Coribinos*
- “Los Libaneses Maronitas en México y Su Identidad” – *Carlos Martínez Assad*
- “Contribuciones Argentino-árabes: Entre el Dato y la Imaginación Orientalista” – *Hamurabi Noufour*
- “Política y Legislación Inmigratoria en Colombia: El Caso de los Árabes” – *María del Pilar Vargas A.*
- “De la Inmigración a la Diáspora: Los Árabes en Brasil” – *Paulo Gabriel Hilu da Rocha Pinto*
- “Los Árabes en Honduras: Entre la Inmigración, la Acumulación y la Política” – *Darío A. Euraque*
- “Lo Árabe y Su Doble: Imaginarios de Principios de Siglo en México y Honduras” – *Camila Pastor*
- “El Mahyar de Ayer y Hoy: Dimensión Literaria y Cultural” – *Rosa-Isabel Martínez Lillo*
- “Percepciones Actuales Sobre Árabes (y Musulmanes)” – *Farid Kahhat*
- “América Latina Desde el Mundo Árabe: el Desencuentro de la Lejanía” – *Zidane Zeraoui*